

LOS FRACASOS DE FRAY SERVANDO

Roger Bartra

Christopher Domínguez Michael. *Vida de Fray Servando*. México, Era, 2004.

Me parece fascinante que Christopher Domínguez, para escudriñar los orígenes del liberalismo mexicano, haya tenido que convertirse en una especie de teólogo. Ha practicado una extraordinaria disección del cuerpo y el alma de fray Servando Teresa de Mier para que podamos espiar los entretelones de la vida novelesca de un eterno perseguido por la Inquisición, que en su larga huida acabó descubriendo las virtudes de una concepción republicana de la política. Toda la historia tiene su origen en la extravagancia barroca de un bachiller pueblerino que inspiró en fray Servando el célebre sermón de 1794, donde afirma que la virgen de Guadalupe se había aparecido en tiempos prehispánicos antiguos al apóstol Santo Tomás, mucho antes que a Juan Diego, afirmación por la cual será perseguido durante toda su vida. Al exaltar la supuesta visita americana del apóstol, que habría cristianizado a los indios antes que los españoles, ponía en duda la necesidad de la conquista. Christopher Domínguez nos explica que este formidable tropezón de fray Servando, que hace fracasar su carrera religiosa y lo lleva a la cárcel y al destierro, revela la silueta de un rebelde barroco más que a un crítico ilustrado o a un empecinado romántico. El fraile, que ve su honor manchado y su vanidad maltratada,

no cesará de luchar por restañar la herida y con ello, paradójicamente, se volverá moderno sin quererlo. Toda su vida sufrirá una tensión no resuelta, dice Domínguez, entre su herencia barroca y sus tentaciones modernas.

El mismo Mier, con sus memorias y recuerdos, se encerró a sí mismo en un código que sólo un teólogo podría descifrar gracias a artes antiguas y barrocas ya olvidadas. Y allí, a su cripta barroca, fue a desenterrarlo con maestría de gran historiador Christopher Domínguez, para presentarlo como un pícaro malcontento y vejado que logra sobrevivir en las condiciones más inclementes. Este pícaro es además un rebelde que, para oponerse a las miserias de este mundo, se vuelve jansenista en lugar de abrazar las ideas ilustradas. No deja de ser una amarga paradoja que en los orígenes del liberalismo mexicano haya una repulsión agustiniana por el libre albedrío. Aunque el jansenismo de Mier, apoyado en el catolicismo constitucional y republicano de Henri Gregoire, sea más político que teológico, no deja de ayudar a mantenerlo cautivo en el barroquismo del siglo XVII. La cuidadosa exploración de este enigma es uno de los más ricos aportes del libro de Domínguez. ¿Cómo entender las dimensiones modernas de este personaje anclado en el pasado barroco? “El encuentro con las ideas modernas y sus propagandistas –escribe Christopher Domínguez– lo enriqueció intelectualmente de manera irreversible, pero agudizó su sentimiento de inferioridad frailuna, estimulando su metamorfosis picaresca, la forma que mejor conocía de sobrevivir al infortunio” (p. 175). Aun-

que Mier se adapta a su siglo como un anticuado jeroglífico kircheriano, ha perdido el uso del lenguaje alegórico. Es un personaje barroco en la medida en que está obsesionado por la honra. Sin embargo, en su lucha por recuperarla, vemos que la modernidad lo ha despojado del don de la alegoría: acaso por esta razón se sintió tan desnudo ante el siglo y por ello desarrolló la vanidosa manía de usar ropas talares. Fue un fraile que vivió preso muchos años en celdas conventuales y en prisiones, pero que soñó en secularizarse, tanto para escapar de las garras de los inquisidores y de los burócratas atrincherados en las covachas de la corte, como para convertirse en un cura republicano. Su sueño vano fue convertirse en el pacífico padre Mier y vivir desde una parroquia las tentaciones modernas del siglo. Pero ni la saña de sus perseguidores ni su espíritu picaresco se lo permitieron. Como dice Christopher Domínguez: “Exclaustrado o religioso apóstata, en la ambigüedad de su sufrimiento, será siempre *fray Servando*” (p. 252).

Cuando Mier se refiere al despotismo bonapartista, que manipula el apoyo popular, se revela su visión pesimista pero democrática: “todo es fraude en el mundo político”, dice en sus *Memorias*. Acaso haya aquí un amargado agustiniano, pero vemos también a un orgulloso criollo americano que observa con desprecio a los salvajes europeos, como dice Christopher Domínguez. Sin embargo, para Mier la vida nace de la cárcel del mundo como si se fugase de la matriz pecaminosa.

Y así nace en 1813 su *Historia de la revolución de Nueva España*, publicada en Londres con un seudónimo que oculta a un doctor Mier que es ya “el principal vocero de la causa americana, un conspirador internacional” (p. 433). No deja de ser un teólogo barroco que sigue manipulando con fines cristianos la mitología nahua, pero se sumerge en las teorías políticas contractualistas. El pensamiento de Mier nunca fue sistemático y percibimos en su evolución las huellas de su vagar por Europa. En sus viajes fue como una esponja, y absorbió el republicanismo francés, el liberalismo de Cádiz, la rebeldía de sectas masónicas, el aprecio por las libertades civiles de Estados Unidos.

Vida de fray Servando nos describe con enorme habilidad cómo la de Mier fue una anónima y accidentada existencia de marginal, educado en otra época y en otro mundo, que gustaba de mentir y que era muy vanidoso, incoherente y contradictorio, que de fracaso en fracaso alcanza la gloria de ser el gran ideólogo de la independencia mexicana. La biografía de Mier la conocemos por él mismo, que fue escribiendo la novela de su vida. Fuera de los datos que él mismo da hay muy poca información. Para colmo de males, Mier no fue tentado por los hábitos ilustrados y románticos de explorar y describir su paisaje interior. Tampoco le gustaban los paisajes exteriores ni fue aparentemente sensible a la música o al arte. Y sin embargo, buen escritor, fue capaz de dejarnos la novela de su vida. Los historiadores interesados en Mier no han tenido más remedio que

bordar sobre la tela que ya había tejido el propio fraile. A Christopher Domínguez esto le da la oportunidad de escribir una novela sobre la novela creada por el mismo Mier y por otros. ¿Un enorme palimpsesto? Lo es, ciertamente, y construido con gran maestría: pero es mucho más, pues cada una de las partes va muy bien articulada a una sólida armazón argumental y a una formidable batería de interpretaciones. Cada persona que cruza por la vida de Mier es seguida y vigilada. Cada idea importante que aparece en los textos de fray Servando es estudiada y analizada con cuidado. Cada momento político es revisitado escrupulosamente. El resultado es un gran lienzo multicolor que nos da una visión creativa y estimulante de la época turbulenta de transición que vivió Mier, de la revolución francesa a las guerras napoleónicas, de Carlos IV a la constitución de Cádiz, de Voltaire a Chateaubriand, del virrey Revillagigedo a Iturbide.

Christopher Domínguez, en su amplio y magnífico lienzo, nos confronta con ese sintomático desfase de fray Servando con respecto a su tiempo. En la época en que nuestro dominico se inflama con pasión barroca por las extravagancias filológicas de Borunda ya circula la *Autobiografía* de Benjamin Franklin, el marqués de Sade ha publicado su *Filosofía en el tocador* y se lee el *Viaje en torno de mi cuarto* de Xavier de Maistre. Fray Servando fue contemporáneo de Goethe, Walter Scott, Byron, de Quincey y Vigny. Mier nace con el *Emilio* y el *Contrato social* de Rousseau y muere cuando Victor Hugo presenta *Crowell*. Nace con *Tristram*

Shandy de Sterne y muere cuando se publica *El último de los mohicanos* de Fenimore Cooper. Con razón, Germán Arciniegas describe a fray Servando como un náufrago arrojado por la gran ola del siglo XVIII a las playas del siglo siguiente. Sin haber podido entender el encrespado Siglo de las Luces, fue lanzado con su habla imparable a pelear con la modernidad en un mundo extraño. Lo más asombroso es que ganó la batalla, pues con sus formidables *Memorias*, como dice Christopher Domínguez, “el antiguo se vuelve moderno y la modernidad una antigualla” (p. 558). ¿No es lo que insinuó Bustamante cuando celebraba “el candor del bendito padre Mier, que era un niño de setenta años”?

Esta transmutación tiene que ver con ese salto intelectual trágico de los sacerdotes y religiosos que lucharon por la independencia, que pasaron del jansenismo al republicanismo sin conocer o incluso aborreciendo la Ilustración. Para Christopher Domínguez, ésta es la “falla geológica” sobre la que se levantó el México independiente (p. 604). ¿Hasta qué punto el barroquismo como seña de identidad nacional, que todavía hoy se exalta, no es en realidad la herida mal cicatrizada de haber evadido las luces del siglo XVIII? ¿El rechazo de la modernidad global impulsada por Europa y Estados Unidos y la desconfianza frente a la democracia no es la continuación de aquella vieja querrela contra la Ilustración?

Por último, quiero destacar que la disección creativa y rigurosa de nuestros héroes nos ha de llevar a facetas de nuestra historia que han quedado ocultas por la exaltación

oficial de los próceres de la patria. La peculiar mezcla de historiografía y crítica literaria que propone Christopher Domínguez es un trabajo con pocos precedentes en México. La anatomía de fray Servando que nos entrega es un trabajo literario de primera magnitud y uno de esos escasos libros, que se cuentan con los dedos de las manos, que nos permiten entender las raíces de nuestra cultura y reflexionar a fondo sobre nuestra realidad como nación. 

BIOGRAFÍAS DEL SABER

Rafael Rojas

Enrique Krauze. *La presencia del pasado*. México, BBVA Bancomer/Fondo de Cultura Económica, 2005, 495 pp.

Enrique Krauze se propuso contarnos una historia que creíamos conocer: la historia de la historia mexicana en el siglo XIX. El modo en que lo ha hecho nos depara más de una sorpresa y la portentosa iconografía de Jaime Cuadriello nos transporta a un mundo perdido. Sabemos mucho sobre lo que escribieron los grandes historiadores de aquella centuria, pero muy poco sobre ellos mismos. Cuando Krauze advierte, de entrada, que *La presencia del pasado* es una “biografía colectiva de los historiadores del siglo XIX” no hace sino prepararnos para leer el devenir de aquella historia con los ojos puestos en su proceso de escritura más que en la consagración de sus héroes y leyendas.

Es ya tradición que el estudio de la historiografía se concentre en los avances y limitaciones del conocimiento sobre el pasado en una época dada. Salvo raras excepciones, como *El nuevo pasado mexicano* (1991), *Memoria mexicana* (1995) e *Historia de las historias de la nación mexicana* (2002) de Enrique Florescano, las visiones académicas sobre la producción del saber histórico no toman en cuenta dos elementos primordiales: la biografía de los historiadores y el impacto de sus textos en la construcción política del presente. Este libro de Krauze se interesa, justo, en esas dos dimensiones, sin las cuales difícilmente podrían entenderse a los historiadores o a los escritores de imágenes del pasado como protagonistas de una trama nacional.

Los grandes historiadores del siglo XIX (Mier, Bustamante, Zavala, Alamán, Mora, Ramírez, Riva Palacio, Altamirano, García Icazbalceta, Sierra, Orozco y Berra, Molina Enríquez...) escribieron sus obras en una larga jornada de fundación del Estado nacional. Todos ellos, en mayor o menor medida, intervinieron en las luchas políticas de aquel siglo como *yorkinos* o *escoceses*, centralistas o federalistas, republicanos o monarquistas, liberales o conservadores. La vida de muchos de ellos se dirimió entre las armas y las letras, entre el saber y el poder, entre la tribuna y el despacho.

El oaxaqueño Carlos María de Bustamante, una de las semblanzas mejor logradas del libro, aparece aquí en toda su complejidad. Criatura del barroco novohispano, Bustamante transfirió su religiosidad a la nueva historia nacional, dejando una obra inmensa,

dispareja, que equivale a una *suma mitológica* del patriotismo mexicano en la primera mitad del siglo XIX. Cantor de la grandeza prehispánica y apologeta de la epopeya insurgente, no fue hispanófobo, como Zavala y otros de sus contemporáneos, y defendió, contra la gran corriente liberal de las dos primeras décadas posvirreinales, la república unitaria.

Aquel polígrafo, a quien William Prescott llamó “burro y pobre vociferante, con más lengua que cabeza”, murió en 1848 –el año en que Manuel de la Peña y Peña y Nicholas Trist firmaron el Tratado Guadalupe Hidalgo– dejando escrita una última obra, *Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, donde establecía un dramático paralelo entre la conquista española y el avance de las tropas norteamericanas sobre territorio mexicano. En aquel panfleto, Bustamante escribió una frase parecida a otra de Hegel y a otra de Marx, y que, contra nuestra voluntad, recuerda a Arthur Conan Doyle: “los crímenes grandes siempre tienen una secuela fija de que no pueden separarse y se parodian sin violencia”. Para luego caer en burdas analogías, como aquella que aseguraba que Hernán Cortés y Winfield Scott “eran amigos de la misma clase de fieros instrumentos, propios de su atrocidad”, porque ambos habían usado perros en sus campañas.

Otra semblanza formidable de Krauze es la del abogado, político e historiador de Chihuahua, José Fernando Ramírez. Además de un itinerario político fascinante –miembro de la Junta de Notables que creó las “Bases Orgánicas” en 1843, Secretario de Relacio-

nes del gobierno liberal de Valentín Gómez Farfás entre 1846 y 1847, Ministro de Negocios Exteriores del Imperio de Maximiliano...–, Ramírez tuvo el raro don de la buena prosa histórica. En sus reparos a Prescott, más refinados que los de Bustamante, en sus múltiples vindicaciones del mundo prehispánico y en su crítica visión de la conquista, la evangelización y el virreinato de la Nueva España, Ramírez, y no Mora, como generalmente se piensa, fue el verdadero oponente de Lucas Alamán.

Siguiendo el célebre diálogo de Clavijero entre Filateles (el amigo de lo verdadero) y Paleófilo (el amigo de lo viejo), Krauze convierte el deseo de verdad y la gravitación hacia el pasado en arquetipos del historiador mexicano en el siglo XIX. Por momentos, esos arquetipos son trazados como vidas paralelas o contrapuntos entre dos historiadores contemporáneos. De ahí que el lector lamente que la figura de Alamán, aunque más conocida que la de Ramírez, no haya sido delineada con el mismo rigor que otras. Algo similar sucede con Mora, con Zavala y con Mier, tal vez como resultado de una desmedida voluntad arqueológica.

Krauze nunca pierde de vista que, en este caso, sus biografiados, a pesar de recurrentes incursiones políticas, son más letrados que caudillos. Por eso, a propósito de Ramírez, García Icazbalceta y Orozco y Berra, se pregunta: “¿cuál era el motor de aquel trabajo incansable?”, ¿cuál la motivación de aquellos sabios para juntar bibliotecas de miles de títulos, preservar y traducir códices, reconstruir genealogías nobiliarias o archivar

documentos virreinales? Es justo ahí, en la anatomía de aquellas pasiones intelectuales, donde se separan las biografías del saber y del poder, donde la voluntad de archivo desplaza a la voluntad de dominio y donde Krauze satisface el reclamo de Roland Barthes a propósito de las biografías de Michelet: el biógrafo de un historiador, decía Barthes, debe proponerse dar al sabio “una coherencia, la estructura de una existencia –no digo de una vida-, una temática si se quiere o, aún más, una red organizada de obsesiones”.

Esta galería de semblanzas, desde Mier hasta Molina Enríquez, es, también, como decíamos, una historia de la historia. Krauze identifica tres grandes temas en la historiografía mexicana del siglo XIX: el México prehispánico, la conquista y evangelización española y el virreinato de la Nueva España. El trasfondo político de la representación intelectual de aquellas épocas era la urgencia de afirmar la legitimidad del México independiente y de defender, a través de una narrativa sobre el pasado, alguno de los proyectos de Estado nacional en disputa. Casi todos los primeros historiadores republicanos exaltaron el México antiguo y renegaron de la Nueva España. A medida que el orden liberal se fue consolidando, sobre todo después de la derrota militar del conservadurismo y el Imperio de Maximiliano en 1867, la historiografía avanzó hacia una articulación teleológica de ambos tiempos.

Es por ello que, al final del libro, el par de citas de Moreno Villa (“esto es lo original

de México. Todo el pasado suyo es actualidad palpitante. No ha muerto el pasado”) y de Borges (“México, país obsesionado en la contemplación de la discordia de su pasado”), con que arranca Krauze, resultan parcialmente válidas. Es cierto que la Revolución, después del largo periodo de consolidación liberal del México moderno que juntaron la República Restaurada y el Porfiriato, volvió a quebrar el cuerpo político del país. Sin embargo, como reconoce Krauze, hacia 1910 la historiografía mexicana había producido la mayor integración simbólica del pasado nacional. El México antiguo, la Nueva España y el México moderno aparecían en aquel relato como las tres edades de un devenir ascendente.

Un segundo volumen, sobre la historiografía del siglo XX, que rastree las visiones contrapuestas sobre la independencia, el santannismo, la guerra del 47, la Reforma, el Imperio, la República Restaurada y el Porfiriato, tal vez nos ayude a comprender qué tanto la experiencia revolucionaria logró fracturar aquel proceso de integración simbólica del pasado. Algo de esto adelantó Krauze ya en su biografía intelectual de Daniel Cosío Villegas. La obra biográfica del autor de *Siglo de caudillos*, cuya estela reconocemos en las mejores piezas del género aparecidas en los últimos años, como *El seductor de la patria* (1999) de Enrique Serna y *Vida de Fray Servando* (2004) de Christopher Domínguez Michael, confirmarían su plenitud en ese volumen. 